Pasajes representativos de *LISÍSTRATA*

1er pasaje[1]

Lisístrata: Hablaré entonces; no hay que ocultar el plan. Mujeres, si hemos de forzar a nuestros maridos a vivir en paz, hemos de abstenernos...
Cleonica: ¿De qué?
Lisístrata: ¿Lo haréis?
Cleonica: Lo haremos, aunque tengamos que morir.
Lisístrata: Pues bien, hemos de abstenemos de la polla. (*Murmullos y gestos de espanto*) ¿Por qué os volvéis? ¿Adónde vais? Vosotras, ¿por qué torcéis el gesto y negáis con la cabeza? ¿Por qué palidecéis? ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Lo haréis o no; qué problema tenéis?
Cleonica: No puedo hacerlo: que siga la guerra.
Mirrina: Ni yo: que siga la guerra.

2º pasaje[2]

Consejero: ¿Y de dónde os viene esa preocupación por el dinero y la paz?
Lisístrata: Te lo explicaremos.
Consejero: Habla enseguida, si no quieres llorar.
Lisístrata: Escucha pues y trata de contener tus manos.
Consejero: No puedo: se me hace difícil sujetarlas del cabreo que tengo.
Cleonica: Mucho más llorarás entonces.
Consejero: Grazna para ti sola, vieja. Y tú, habla.
Lisístrata: Lo haré. Durante los primeros tiempos de esta guerra, nosotras
con nuestra natural discreción —no nos dejabais ni rechistar—
hemos aguantado todo cuanto hacíais los hombres, aunque no nos gustaba nada. Pero comprendíamos bien lo que hacíais, y muchas veces en casa nos enterábamos de que habíais tomado decisiones equivocadas sobre asuntos de importancia. Y entonces, aunque afligidas en el fondo, os preguntábamos sonriendo: «¿Qué decreto referente a treguas de paz habéis hecho inscribir en las estelas en la asamblea de hoy?». «¿Y a ti, qué?», decían nuestros maridos, «cállate». Y yo me callaba. (…) Así pues, yo me callaba. Y nos enterábamos de vuestras sucesivas decisiones, cada una más equivocada que la anterior, y entonces decíamos: «¿Cómo actuáis tan estúpidamente, marido?». Y él al instante me miraba de soslayo y me decía que si no seguía
cosiendo lo iba a sentir largo rato en mi cabeza: «De la guerra se ocuparán los hombres».
Consejero: Bien decía aquél, por Zeus.
Lisístrata: ¿Cómo que bien, desdichado, si no podíamos ni aconsejaros
cuando decidíais mal? Pero cuando os hemos oído ya decir abiertamente en la calle: «No hay hombres en este país», a lo que respondía otro «claro que no, por Zeus», hemos decidido unirnos todas las mujeres y salvar juntas a la Hélade, ¿pues de qué servía seguir esperando? Así pues, si vosotros queréis devolvernos a nosotras que decimos

[1] ARISTÓFANES, *Lisístrata*, (trad. Luis M. Macía Aparicio), vv. 119-129, Gredos, Madrid.
[2] Ibid. vv. 500 y ss.

cosas útiles la misma atención y el silencio que manteníamos nosotras, aún conseguiremos enderezaros.
Consejero: ¿Vosotras a nosotros? Es extraordinario eso que dices e insoportable para mí.
Lisístrata: ¡Cállate!